

Por la Solidaridad hacia la Paz

For Solidarity towards Peace

Mg. Mario J. Paredes
CEO Somos Community Care. New York

“La paz les dejo, mi paz les doy,
pero Yo no la doy como la da el mundo.” (Jn 13,31ss)

RESUMEN

Este escrito corresponde a una síntesis de la exposición en la Academia de Líderes Católicos, en la realización del *Octavo Diplomado Internacional sobre la Doctrina Social de la Iglesia*.

Diplomado para el que se ha escogido, como ocasión y contexto, la celebración de los sesenta años de la Encíclica “*Pacem in Terris*” – “Paz en la Tierra”, del Papa Juan XXIII; y como texto principal el discurso del Santo Padre a los Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, del lunes 09 de enero, 2023, en el que - una vez más – y como lo había hecho su antecesor Juan XXIII – el Papa Francisco discurre sobre la paz como la mayor urgencia de la humanidad.

PALABRAS CLAVE: Doctrina Social de la Iglesia; paz; Papa Francisco; solidaridad

ABSTRACT

This paper is a summary of the presentation at the Academy of Catholic Leaders, at the *Eighth International Diploma on the Social Doctrine of the Church*.

The celebration of the sixtieth anniversary of Pope John XXIII's Encyclical "*Pacem in Terris*" – "Peace on Earth" has been chosen as the occasion and context; and the Holy Father's address to the Members of the Diplomatic Corps accredited to the Holy See on Monday, January 9, as the main text. 2023, in which – once again – and as his predecessor John XXIII had done – Pope Francis discusses peace as humanity's greatest urgency.

KEYWORDS: Social Doctrine of the Church; peace; Pope Francis; solidarity.

Una premisa “católica”

Por ello, se me ha pedido compartir con ustedes, unas reflexiones sobre la importancia de la *solidaridad* en la construcción de la *paz*, no sin antes advertir que, si bien nos congrega aquí la misma fe en un credo religioso, y podemos tranquila y ampliamente teologizar, desde la doctrina de la Iglesia Católica, dichos temas (Solidaridad y Paz), son patrimonio universal, en cuanto que todo hombre y mujer – de toda raza, credo, tiempo, cultura y rincón de la tierra - lleva naturalmente impreso en su ser el anhelo de paz, mediante el quehacer solidario.

Son dos temas que escapan a la ideologización sectaria y se vuelven verdaderamente “católicos”, es decir ecuménicos y universales. Solidaridad y Paz son temas que rompen el cascarón de cualquier pretendida manipulación individualista, pietista, personalista, intimista y nos exigen mente y corazón abiertos y sin muros ni fronteras.

Dos temas que hacen mejores seres humanos a quienes los buscan y ejercen que a quienes resultan beneficiados de las acciones solidarias y pacíficas, porque convierten a los agentes y constructores de la solidaridad para la paz en “bienaventurados” y felices. (Cfr. Mt 5,1ss)

Unas nociones de “solidaridad”

Por solidaridad entendemos un valor humano, una dimensión profunda, existencial, inevitable e innegable en el ser humano. Una virtud por la que los seres humanos se unen para lograr un propósito que se considera bueno y eficaz para aliviar las urgencias ajenas. Este movimiento compasivo, en favor de los otros, se entiende como inscrito en la misma naturaleza humana.

La solidaridad hace que los hombres se sientan comprometidos y responsables con y por los semejantes, y que las necesidades ajenas se conviertan en urgencias propias. De esta manera, la solidaridad nos hace interdependientes, necesitados los unos de los otros y se convierte en una manifestación sublime de la fraternidad humana.

Por lo que no es difícil confundirla con la virtud de la “caridad” cristiana, a pesar de que ésta tiene un carácter más profundo; por su dimensión, no meramente antropológica sino, además, teológica.

El aspecto relacional, social, comunitario, intrínseco a la solidaridad, hace que esta pueda ser analizada desde diversas dimensiones del ser humano. Así, aunque la solidaridad como “obligación moral” colectiva tuvo, originariamente, una connotación casi exclusivamente *jurídica* en el Derecho Romano, hoy, mucho más allá del puro deber legal con el otro, la solidaridad se analiza desde la antropología, la filosofía, la sociología y la teología.

Unas visiones de la solidaridad

Desde el punto de vista *filosófico-antropológico*, la solidaridad es entendida según se entienda al ser humano, por lo que – dicho concepto – puede estar condicionado por sistemas sociopolíticos, religiosos, etc., que van desde el individualismo-pietista hasta la entrega total de la vida al bien de la comunidad.

Sin embargo, tales condicionamientos de tiempo, ideología o cultura no pueden negar o impedir la alteridad o dimensión socio-relacional y solidaria que tiene todo hombre y todo el género humano.

Desde el punto de vista *sociológico y ético*, el ser humano no es autosuficiente. No es un ser ni solitario ni para la soledad. Cada vez crece más la conciencia del origen, desarrollo de la existencia y del destino común a todos.

Necesitamos todos, los unos de los otros, para vivir. Necesitamos todos de los bienes y servicios que todos producimos para poder sobrevivir. Razón por la cual, la proximidad y convivencia entre los seres humanos se hace indispensable: para vestirnos y alimentarnos, por ejemplo, necesitamos de quien siembra, cosecha, hila, teje, transporta, elabora, empaca, cocina, vende, etc.

Nos congregamos, entonces, en espacios de convivencia (caseríos, aldeas, pueblos o grandes ciudades) para ayudarnos los unos a los otros en lo que cada quien requiere para su supervivencia diaria. En esta necesidad de vivir y de convivir se funda el principio básico de la solidaridad humana: el individuo, aisladamente, no es autosuficiente y necesita de los otros y de la convivencia para vivir.

Ahora bien, la necesaria convivencia humana para la vida de todos requiere regulación. Es decir, una normatividad legal que ordene, de la mejor manera y en la búsqueda del bien de todos, la convivencia.

Esta necesidad de normatividad y orden de la convivencia humana da origen a la ética ciudadana y, con ella, a la necesidad de justicia para la paz, en la convivencia de los hombres.

Solidaridad y paz que, si bien, se fundan en elementos meramente antropológicos, sociales y éticos, se elevan y fortalecen al plano de lo moral, cuando estos temas los conectamos con la experiencia religiosa, vale decir, con la afirmación y relación creyente en un Dios que quiere – como su voluntad - la vida en solidaridad, la mejor convivencia, el bien de todos y la paz, como resultado del mandamiento del amor fraterno.

Hablo aquí *no de una solidaridad de tipo asistencialista*, individual o colectiva, que ayuda momentáneamente en las urgencias pero que se hace cómplice en que se mantengan y perpetúen las condiciones injustas e indignas de los seres humanos. No hablo de una solidaridad doblemente pecaminosa porque ni resuelve la situación y, además, objetiviza y usa al necesitado para aplacar torceduras de conciencia.

Me refiero aquí, a una *acción solidaria permanente con individuos o colectivos próximos de tipo promocional*, que – a imagen de la parábola del buen samaritano –

transforme y cambie, de una vez por todas, las condiciones de marginamiento e indignidad en la que viven sumidos, empobrecidos, atropellados y humillados tantos seres humanos, tantos hermanos nuestros.

Me refiero aquí a una acción solidaria que no responda solo a las circunstancias y urgencias momentáneas y puntuales, sino a una que cambie y transforme mentes y estructuras sociales. Porque, a la luz de la fe cristiana que aquí nos convoca, *“vemos como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en un insulto contra la miseria de las grandes masas...”*

(En estas circunstancias) la Iglesia discierne una situación de pecado social, (estructural), de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la posibilidad de cambiar... las barreras de explotación... contra las que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción”- (DP 28)

Reflexión bíblico-teológica sobre la solidaridad

Aunque el término “solidaridad” no aparece en los evangelios, podemos decir que toda la sagrada escritura es una invitación a la solidaridad entre los seres humanos, como expresión de un amor fraterno y universal.

Así, la solidaridad, en el *nuevo testamento*, se constituye en manifestación excelsa y prominente del “ágape” de dios por los hombres, “ágape” que han de experimentar y compartir los hombres entre sí.

La vida cristiana, vida del nuevo testamento, hunde sus raíces en la fe veterotestamentaria, vale decir, en lo que de dios descubrieron, creyeron y confesaron los hombres y mujeres del *antiguo testamento*.

Por lo que, al hablar de la *solidaridad* en relación con la *paz*, es bueno que hagamos una brevísima revisión y reflexión sobre lo que la Sagrada Escritura nos revela, al respecto.

Dios crea al hombre no para que viva solo sino para formar comunidad (Gn 2,18), Y todo el Antiguo Testamento despliega el plan de Dios salvando, no a un individuo sino a un pueblo, a una comunidad: *“Ustedes son mi pueblo y Yo seré su Dios”* (Ex 6,7). Desde el Génesis, la creación del hombre se revela como un acto solidario y dialogal, un acto de comunión, de Dios con el hombre, del hombre con Dios y de los hombres entre sí.

En adelante, la humanidad entera será solidaria en el bien, pero también en las consecuencias del pecado, del mal; y la solidaridad entre los hombres se irá entendiendo y abriendo cada vez más desde la pura biología y vida tribal hasta la solidaridad y comunión en la misma fe, en el mismo credo.

Así, la vida solidaria de los hombres y mujeres del Antiguo Testamento se fundamenta, primero, en la solidaridad o alianza que experimentan con un Dios comprometido con su pueblo. Más aún, la alianza o compromiso de Dios con su pueblo, la comunión o solidaridad de Yahvé con el Israel antiguo, exige, se concreta y se manifiesta en la solidaridad o comunión de los hombres entre sí.

El hombre creado a imagen y semejanza de Dios, para vivir la misma vida solidaria y de comunión que se da al interior mismo del Dios-Trinidad, encuentra su vocación primera, definitiva y última en la solidaridad o comunión con todos por la encarnación de Jesucristo: *“quien siendo Dios... tomó naturaleza de siervo haciéndose como todos los hombres...”* (Filip 2,6ss).

Porque la comunión solidaria de Dios con el hombre exige, en Cristo, la comunión solidaria con todos, especialmente con los próximos más necesitados.

Este es el fundamento del mandamiento del amor del *Nuevo Testamento*, por el que los seres humanos, no sólo son socios para la convivencia humana y social sino hermanos para vivir en *koinonia/comunión* solidaria. Porque *“por el Espíritu Santo, que ha sido derramado en nuestros corazones, podemos llamar a Dios “Padre”* (Gál 4,6).

Entonces, el “otro” no es ya sólo un compañero en la convivencia ciudadana sino un hermano, hijo del mismo Padre, al que tengo que amar como Dios mismo ama y nos ama, en seguimiento del “Buen Samaritano”, Jesús de Nazaret (Cfr. Lc 10,25-37).

Por ello, el cristianismo es una nueva religión, una nueva relación del hombre con Dios y de los hombres entre sí que consiste en la experiencia de comunión solidaria con Dios, transferida, experimentada y hecha efectiva en la experiencia cotidiana de amor solidario con los hermanos, especialmente con los más débiles.

Por ello, también, en el cristianismo no existe relación directa, vertical, solitaria y unilateral con Dios, a quien no vemos, sino una relación con Dios que se juzga y mide en la relación con el hermano: *“Lo que hicisteis o dejasteis de hacer con uno de mis pequeños conmigo lo hicisteis o lo dejasteis de hacer”* (Mt 25,1ss).

La relación con Dios, a quien no vemos, se verifica en la relación con el hermano a quien vemos: *“El que dice que ama a Dios, a quien no ve, y no ama a su hermano, a quien ve, es un mentiroso”* (1 Jn 4,20)

Es este profundo carácter teologal de la comunión y solidaridad cristiana el que eleva a nivel de *caridad*, de vida en el amor de Dios con y EN el hermano, el asunto de la inevitable y urgente solidaridad humana, urgida también por San Pablo con el símil del Cuerpo, que es la Iglesia: *“Cuando un miembro del Cuerpo sufre todos sufren...”* (1 Cor 12)

Y, por ello, también, la razón del ser y quehacer de *la Iglesia*, su responsabilidad y única misión en el mundo, consiste en ser espacio revelatorio de la solidaridad compasiva de Cristo, como Jesús, en su tiempo y pueblo, con su persona, hechos y palabras, fue espacio revelatorio del amor del Padre (Cfr. Jn 14,8). Amor de un Dios-Padre que es bueno, amor eterno, incondicional y perfecto por el que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia a justos y pecadores (Cfr. Mt 5,45ss).

Reflexiones antropológicas, bíblicas, teológicas y sociales sobre la paz

Antropológicamente hablando, la paz es un anhelo inscrito en el corazón del hombre, de todo hombre, y al mismo tiempo es la mayor urgencia en la vida personal, familiar, comunitaria, social, internacional y mundial.

Para alcanzar la paz, la humanidad ha probado, desde siempre, distintos caminos.

Los discípulos de Cristo creemos en la paz que la Buena Nueva de Jesús de Nazaret nos marca como derrotero y, al mismo tiempo, la fe y vida cristiana, nos comprometen en la construcción de la paz en el mundo.

En el mundo semita y bíblico del *Antiguo Testamento*, la palabra hebrea “shalôm”, que correspondería en griego a la palabra “eirene”, y en latín al vocablo “pax”, se usa como un saludo que se traduce como paz y se usa para designar, por ejemplo: la ausencia de guerra, la felicidad, las bendiciones de Dios para el hombre, la vida en concordia y armonía en la familia y en la comunidad (Hc 9,31).

Pero, especialmente, significa plenitud de vida, prosperidad, convivencia solidaria, bienestar (Eclo 3,8; Is 26,3), trato justo y honesto con el otro y es característica primordial de los anhelados tiempos mesiánicos (Is 9,6).

La paz, en la Sagrada Escritura, designa todo el bien y lo bueno querido por Dios, en contra del mal y lo malo generado por el pecado del hombre.

Sin embargo, hay que afirmar que, en la Biblia, el concepto y contenido de la “paz” es más rico, complejo y vasto que lo que lo que lo que el vocablo “shalom” u otros similares logran significar, expresar. De otra parte, la evolución misma de la humanidad y del contacto de la predicación bíblica con otras culturas fue cambiando y enriqueciendo el concepto original de la paz bíblica.

Así, por ejemplo, *“la totalidad íntegra del bienestar objetivo y subjetivo se designa más con “shalóm”, la condición propia del estado y del tiempo en que no hay guerra con “eiréné” y la certeza basada en los acuerdos estipulados y aceptados con “pax”.* (En Internet: Biblia work/Paz)

Teológicamente hablando, la paz bíblica corresponde a la salvación que Dios nos ofrece en el Antiguo Testamento y a la que – plenamente, en el Nuevo Testamento – nos trae Jesucristo, como presencia del reinado o soberanía de Dios que acontece en el mundo cuando los hombres vivimos cumpliendo la voluntad de Dios, que consiste en que nos amemos los unos a los otros como Él mismo nos ama.

Más aún, el Dios de la Biblia es el Dios de la paz que es “abundancia de vida” (Jn 10,10) para todos.

En el *Nuevo Testamento*, se cumplen los tiempos mesiánicos y de paz esperados por siglos en el Antiguo Testamento. Jesucristo es confesado como quien trae la paz, predica la paz y es nuestra paz (Ef 2,14ss).

Cristo es el Señor de la paz (2Te 3,16). Es el príncipe de la paz (Is 9,6). Nos guía por el camino de la paz (Lc 1,79). El discípulo debe sembrar paz (Mt 5,9: Mt 10,11-15) y quienes la construyen son felices, bienaventurados.

La paz nace fruto del perdón, como expresión máxima del amor fraterno (Jn 20,24ss) y, con el Vaticano II, podemos decir que el propósito de la encarnación y la misión de Jesús, con hechos y con palabras es *“establecer la paz o comunión con Él y una fraterna sociedad entre los hombres”* (AG 3).

Pero la paz que Jesús nos trae *“no es como la paz que ofrece el mundo”* (Jn 14,27). Porque Jesús nos enseña la lógica y sabiduría de Dios distinta a la del mundo.

Lo cual produce una división de criterios por la que se distinguen los que están en el mundo y son del mundo de sus discípulos que, estando en el mundo, no somos del mundo sino de Dios y hemos de pensar como Dios (Cfr. Jn 15,19; Mt 16,23).

Ser cristiano consiste en vivir según la lógica del Evangelio que es distinta a la del mundo.

Y mientras que el mundo nos ofrece la paz como ausencia de guerra, como silencio de los cementerios, triunfo de los fuertes y más armados sobre los débiles y desarmados, o como tratados que se firman y acaban según el capricho e intereses casi siempre mezquinos de los firmantes; Jesús de Nazaret nos trae, nos enseña y exige una paz que es fruto del mandamiento del amor, fruto del reconocimiento de que somos hermanos, hijos del mismo Padre.

En Cristo, los hombres no somos competidores, ni enemigos, ni rivales, sino hermanos. En Cristo, los hombres no somos señores de los otros sino hijos de Dios y, por tanto, hermanos. Y los hermanos no se matan ni destruyen, sino que se aman, se compadecen los unos de los otros, se solidarizan y construyen la paz como fruto del perdón y de la justicia.

Para los discípulos de Cristo, entonces, la paz de Cristo no significa sólo ni únicamente ausencia de guerra o violencia entre los hombres (aunque lo supone) sino “abundancia de vida” en sociedad para todos, especialmente para los más necesitados, para los “descartados” de nuestra sociedad como suele decirlo el Papa Francisco.

No basta con la ausencia de guerra si el resultado final que se establece es una situación en la que los vencedores aplastan a los vencidos, una situación en la que los vencedores lo tienen todo a costa de los vencidos que no tienen oportunidades de vida digna en sociedad.

La iglesia, mediante su misión y tarea evangelizadora, tiene el encargo y la responsabilidad de ser constructora de paz y sacramento de Cristo en el mundo, siendo espacio de misericordia para todos como, Jesús de Nazaret, en su pueblo y tiempo, fue sacramento del Padre, siendo espacio de misericordia y acogida para todos.

Es decir, que los discípulos de Cristo, en Iglesia y para el mundo, hemos de ser obreros incansables por la paz, la paz del Evangelio, mediante la solidaridad fraterna.

Paz en solidaridad que es construcción del reinado de Dios en el mundo, mediante el mandamiento nuevo del amor que nos hermana a todos universalmente.

El Papa Francisco, en enero pasado y ante el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, se pregunta “¿Cómo se puedan restaurar los hilos de la paz?”, en un tiempo tan convulso, en una humanidad con tantos y tan diversos conflictos y frentes que atentan contra la paz.

Conflictos que van desde los pequeños e individuales que angustian el corazón del hombre hasta los conflictos bélicos mundiales que a todos nos sacuden e implican.

Para responder a esta pregunta acuciante, el Papa Francisco acude a la *Pacem in Terris*, donde el bienamado Juan XXIII afirma que la paz es posible y se construye

mediante cuatro bienes o pilares fundamentales: la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad.

Hoy, además de todos los conflictos y dificultades que atentan contra la paz, aparecen también, muchos signos positivos en favor de ella tales como organizaciones en favor de los más necesitados, telecomunicaciones globales que nos aproximan, la lucha por los derechos humanos, el interés por el medio ambiente, etc.

La paz, de esta manera, va saliendo de las sacristías, va rompiendo las fronteras de lo religioso y se va haciendo cada vez más patrimonio secular de toda la humanidad.

La paz como impronta en el corazón de todo hombre se va convirtiendo en conciencia y en urgencia de todos. La paz se va convirtiendo en un tema esencial en la razón de ser y sentido que tiene la existencia humana y se va enriqueciendo de todos los énfasis religiosos, culturales, políticos, etc., como una tarea y responsabilidad en la que todos participan.

El papa Francisco sugiere tres ámbitos sociales y universales sobre los que la Iglesia y la humanidad entera deberían poner mayor y más eficaz atención si queremos construir la paz mediante la solidaridad: el fenómeno de las migraciones humanas, el mundo de la economía y el trabajo y el cuidado de nuestra casa común.

Unas conclusiones

Ahora bien, ante este despertar de una conciencia universal en favor de la paz, y ante nuestro ser y quehacer como creyentes en Cristo, miembros de la Iglesia y líderes en nuestras profesiones y en distintas áreas de la vida social, hemos de *preguntarnos por nuestras acciones concretas en favor de la paz* como “vida abundante” para todos y por nuestro compromiso y acciones concretas en contra de todo lo que atenta contra la paz, en contra de lo que podemos llamar “cultura de la muerte”.

Preguntarnos por nuestras acciones y compromisos concretos en los ámbitos señalados por el Papa Francisco o en otros que – el entorno propio de cada uno – se presentan como urgidos de solidaridad para la paz.

El mandamiento cristiano del amor urge *que encontremos vías, que seamos creativos y propongamos nuevos derroteros para que la solidaridad y fraternidad cristianas sean posibles y eficaces*, en las siempre cambiantes circunstancias históricas de aquí y ahora, en la búsqueda de la paz.

Urge educar para la paz en la solidaridad. Urge una educación familiar y escolar que despierte los valores universales presentes, como impronta y sello, en la naturaleza y el corazón de todo hombre, para que la paz sea posible como fruto del respeto por la justicia, la equidad, la verdad, la libertad y la solidaridad.

“La paz es la obra de la justicia” (Is 32,7; GS 78) y es una tarea, un quehacer permanente que, especialmente los cristianos, hemos de realizar en el mundo, *transitando por las vías* de la reconciliación, la solidaridad y la justicia.

Por la vía del diálogo fraterno y reconciliador, por la vía del desarme y de la cooperación internacional, por la vía de la no-violencia como resistencia y respuesta en las situaciones conflictivas, por la vía de la acción profética de anuncio y denuncia, con hechos y con palabras, de lo que coincide o no con la lógica del Evangelio, y, en definitiva, como una tarea inacabada y permanente, que exige la corresponsabilidad y el compromiso de todos, en los ambientes donde vivimos y trabajamos, más o menos decisorios a nivel micro o macro de la vida en sociedad.

Urge una espiritualidad cristiana que comprenda y viva la solidaridad para la paz como valores fundamentales y universales del hombre y de la existencia humana.

Que entienda la solidaridad para la paz como el ejercicio eficaz de la comunión (koinonía) cristiana y como acción gratuita que reparte entre los hombres los dones y talentos recibidos gratis de Dios, porque *“lo que gratis habéis recibido dadlo gratis”* (Mt 10,8)

Permítanme terminar estas reflexiones sobre la solidaridad como vía hacia la paz, con unas líneas de “el Cataclismo de Damocles”: un discurso magistral sobre el tema de la paz, de nuestro premio Nobel de literatura Gabriel García Márquez, en Ixtapa, México, en 1986.

“Con toda modestia, pero también con toda la determinación del espíritu, propongo que hagamos ahora y aquí el compromiso de concebir y fabricar un arca de la memoria, capaz de sobrevivir al diluvio atómico.

Una botella de naufragos siderales arrojada a los océanos del tiempo, para que la nueva humanidad de entonces sepa por nosotros lo que no han de contarle las cucarachas: que aquí existió la vida, que en ella prevaleció el sufrimiento y predominó la injusticia, pero que también conocimos el amor y hasta fuimos capaces de imaginarnos la felicidad. Y que sepa y haga saber para todos los tiempos quiénes fueron los culpables de nuestro desastre, y cuán sordos se hicieron a nuestros clamores de paz para que esta fuera la mejor de las vidas posibles, y con qué inventos tan bárbaros y por qué intereses tan mezquinos la borrarán del Universo.”

BIBLIOGRAFÍA

Biblia de Jerusalén (1976) Bilbao: Editorial Vizcaína.

Diccionario de Teología (2014) 3ra Edición. Pamplona: Eunsa.

Diccionario de Teología Bíblica (1966) Barcelona: Herder

Diccionario enciclopédico de Biblia y Teología. biblia.work/paz

Diccionario enciclopédico de Biblia y Teología. biblia.work/solidaridad

“Discurso del Santo Padre Francisco a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede” - aula de las bendiciones - 9 de enero de 2023

“Documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II” (1975) Texto oficial de la Secretaría General del Concilio. Madrid: Ediciones Paulinas.

García Márquez, Gabriel (1986) *El Cataclismo de Damocles*, México: Ixtapa.

Gran Diccionario Enciclopédico de la Biblia (2012) USA: Editorial Clie.

“III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano” (1979) Puebla – la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. Ediciones Trípode: Caracas.